

de éstos sino para poder decir mal de los extranjeros que los habían traído y que sujetaban á Francia; cuando cantó á Napoleón no pretendió otra cosa más que desprestigiar á los borbones, que es en todo el mismo caso de Barthelemy, y ya hemos visto como en la época del cambio de política de Víctor Hugo, es esta la verdadera razón de su napoleonismo. Una vez derribados los borbones, Beranger contribuyó á levantar el nuevo trono, y si luego lo aban-

donó fué porque tampoco encontró Beranger en la dinastía de los Orleans los hombres que necesitaba su liberalismo republicano, aun cuando no quisiera pertenecer ni á éste ni á aquél partido, hasta el punto que él, que pronosticó todas las revoluciones, que anunció todos los cambios, mereció de Lamartine que de él dijera: «que se entretenía en hinchar el globo, y que una vez lo había logrado, cortaba las cuerdas y lo abandonaba á los vientos.»



Rafael, por HÄNEL.—Dresde



CAPITULO III

CULTURA DE LA CIENCIA EN FRANCIA

Innovaciones socialistas. — Sus raíces. — Saint-Simón y Fourier bajo el reinado de Napoleón. — Sus éxitos y sus esperanzas. — Acción de Saint-Simón y Fourier durante la Restauración. — La escuela Sansimoniana. — Indiferencia de la opinión pública. — Fermentación creciente en el mundo de la inteligencia. — Lamennais. — La filosofía. — La lingüística. — La historiografía. — La historia tendenciosa: Thiers y Mignet. — Analogías históricas.

Lado de los poetas y de los literatos había otra escuela de hombres de letras que empujaba tanto como aquellos la transformación de la sociedad antigua; esta escuela era la de los «locos», según expresión de Beranger, la de los socialistas. Un aristócrata y un hombre del pueblo, el conde de Saint-Simón y Carlos Fourier eran sus jefes. Saint-Simón, hijo de París, en donde nació en 1760, era un descendiente de la familia ducal de este nombre, que remontaba sus orígenes á Carlomagno; Fourier nació en 1772 en Besançon, su padre era un tendero. Uno y otro hicieron sus primeras armas al introducir Say y Comte la ciencia de los ingleses, la economía política en Francia, ó si se quiere en la Europa continental. Uno y otro al llegar por una mala inteligencia de los principios de la ciencia económica á su concepción de un Estado nuevo, basado en las más radicales teorías igualitarias, pasaron inmediatamente de la teoría á la práctica; esto era novísimo, porque hasta entonces los grandes utopistas no habían pasado de arreglar el mundo en el papel.

«Lo que en Francia favorecía de un modo particular esas doctrinas, era ese rasgo del carácter nacional que empuja á los franceses á la unidad, á la

uniformidad y á la preponderancia de una poderosa autoridad en el Estado: principio que, desde mucho tiempo antes, había preparado en Francia el terreno para esas doctrinas; principio que, más que otra cosa, era en el fondo puro socialismo y determinaba su dirección; principio, en fin, que en su manera de comprender las diferencias etnológicas, indicaba Gerard como el resultado puro y simple de la naturaleza específica gala. Ya los economistas habían celebrado como una superioridad de Francia sobre Inglaterra, el hecho de que en Francia podía el Estado, en un abrir y cerrar de ojos, cambiar toda la condición del país, formar y transformar la nación y hacer los hombres según su querer. De esta opinión era también Garat, cuando en 1798 pedía á Bonaparte una isla y una especie de lugartenencia á manera de Sancho Panza, á fin de hacer en ella el ensayo de una transformación completa de la especie humana, al objeto de lograr que todos los hombres se sirvieran de una manera uniforme lo mismo de sus cabezas que de sus brazos.»

Cuando ideas de una naturaleza tan subversiva encuentran franco el camino para llegar á un ensayo práctico de las mismas, es cuando se alcanzan épocas de transformación, durante las cuales los Estados

se forman al improviso, es decir, por vía de colonización, etc., por esto en la época de la Revolución, cuando se había hecho tabla rasa del pasado y todo estaba por reedificar, todas las doctrinas encontraban adhesiones, porque era posible ensayarlas y practicarlas todo.

«El conde Saint-Simón, á quien la Revolución había despojado de su fortuna y privado de su libertad durante once meses, había pasado toda la época del terror en medio de las más violentas agitaciones producidas en él por una imaginación ardiente. Meditaba ya el gran señor sobre sus ideas relativas á una transformación social de la humanidad, cuando en su cárcel de Luxemburg, su abuelo Carlomagno se le apareció y le predijo que obtendría en filosofía los mismos éxitos que él por su parte había obtenido como hombre de Estado y como hombre de guerra.

»Mostróse esta agitación bajo otra forma en Fourier, quien creía que la Revolución había dado por resultado unir la sociedad en un estado de barbarie, preguntándose desde entonces, como Saint-Simón, si no se podría para siempre, y por medio de una revolución pacífica poner término á esas continuas crisis políticas, y en este caso cuáles serían los medios más conducentes para alcanzar tal resultado.

»Remontando á la causa de la Revolución, encontró que era el fruto amargo de una filosofía poco madura, fruto que le apartó para siempre de todas las querellas políticas sobre la libertad, sobre la forma de gobierno y sobre la administración. Como resultado de esta misma ciencia, «tan insegura», consideraba todavía nula la civilización, en la cual había la filosofía visto la cúspide de toda perfección, pero que á sus ojos era una guerra de todos contra todos, guerra que cambiaba la sociedad en un verdadero caos. Luego el núcleo, el hueso de ese fruto era, según él, la condición en que se encontraban el comercio y la industria. De un lado, decía, existían las insensatas trabas de los privilegios, los monopolios, las prohibiciones y los derechos; y de otro, la libertad de comercio y de libre concurrencia, lo mismo que las especulaciones á las cuales se entregaba la clase rica para explotar la clase pobre: todo esto no formaba más que un vasto sistema de expoliación organizado para despojar á la sociedad por medio de una única distribución de los bienes de la fortuna, por la pobreza, el engaño, las quiebras, el agiotaje, la usura, la plétora industrial y la archiplétora comercial.

»Hé aquí porque Fourier, como Saint-Simón, miraban con desprecio inmenso á todos los filósofos y

teólogos, á todos los moralistas y políticos con su ciencia insuficiente, quienes al fracasar, al intentar el ensayo de sus ideas, en la Revolución, creía él que habían caído para siempre. Al ocuparse de los problemas políticos é industriales, principió sus estudios por la duda absoluta sobre la antigua ciencia tan poco segura de su producto, la civilización. Mas en tanto parecía él enteramente submergido por las olas del escepticismo, se aparecía de golpe en la superficie como el salvador destinado á emancipar la humanidad de todo mal, que no atribuía, como Saint-Simón, á potencias fatales, sombrías é invencibles, sino á la podrida civilización y á los hombres científicos que la habían creado.

»Principió Fourier su carrera política en la época de Bonaparte, entregándose á estudios agronómicos, en 1799, descubrió, sin pensarlo ni buscarlo, las leyes de la Asociación, y con ellas la unidad del sistema del movimiento en el mundo material como en el mundo moral, y en esta unidad, la teoría de los destinos humanos. Hacia últimos de la dominación de Napoleón,—1814,—abrióse delante de él «el secreto de la creación,» y con ello completó el conocimiento del movimiento general, en virtud del cual, decía, compartirán los mortales con Dios, la presciencia de los sucesos futuros.»

»Los grandes hechos del emperador, en vez de amortiguar las atrevidas ideas de esos dos hombres y de otros pensadores, no hicieron más que alentarlos. El arte con que él fundía las naciones unas con otras; la manera en que quería realizar en el exterior su proyecto de dominación universal, y la fuerza que ese soberano, que se ocupaba de todo, daba á su administración interior, todo esto hacía precisamente del período de su reinado una época extremadamente favorable al florecimiento de nuevas y atrevidas teorías, y de nuevas tentativas prácticas, igualmente temerarias.

»Era esta la época en que Bentham ensanchaba la esfera de sus ideas, hasta profesar el cosmopolitismo; cuando Fitch, en su *Estado comercial aislado*, pedía la organización del trabajo y de los trabajadores; cuando Krause, en su *Diario de la vida de la humanidad*, se ocupaba de ciertas cuestiones y de algunos problemas del socialismo. Era la época en que un suabio, llamado Rapp, conducía en Pensilvania,—1803,—una colonia de un carácter esencialmente religioso, colonia que algunos años más tarde transportó,—1819,—á la Indiana, en donde, á orillas del Wabash, los colonos se entregaban en común á la agricultura y á la industria. Era por este tiempo cuando Roberto Owen tomó por su

cuenta una fábrica de hilados en decadencia, en New-Lanark, en Escocia, viviendo en ella como un verdadero patriarca, y transformando en sociedad modelo una horda de obreros entregados á la bebida... Era una época, en fin, en la cual los profetas ambiciosos, como Chateaubriand, querían elevar sus propios imperios al lado del de Napoleón, dando por primera vez al mundo las elucubraciones de su nueva ciencia.

»Convencido estaba el conde de Saint-Simón de que á pesar de toda la esplendidez de la inmensa sabiduría política de Napoleón, la lucha se abriría de nuevo entre los que poseen y los que no poseen. Por esto no consideraba al emperador como un obstáculo puesto en su camino; el mismo Fourier, al igual que Chateaubriand y Víctor Hugo, se sentían, por lo contrario, estimulados por él. Su situación respectiva durante el reinado de Napoleón, fué la siguiente:

Puede decirse que en Saint-Simón era natural su odio y repugnancia por los sacerdotes y las instituciones clericales. Cuando á la edad de trece años se le quiso obligar á hacer la primera comunión, su resistencia fué tan resuelta, que no hubo más remedio que dejarle que hiciera su voluntad; así era considerado por todo el mundo como un ateo. Y, sin embargo, este hombre consideraba á la religión como la sola institución capaz de dar á la humanidad una nueva organización. Lo cual dice que para ser hombre profundamente religioso no es imprescindible la comunión.

Saint-Simón, como todos los racionalistas del siglo pasado, como todos los hombres de la Revolución, creía muerto el cristianismo á consecuencia del gran descrédito en que había caído la Iglesia romana, sin pensar que este descrédito no había penetrado las últimas capas, en cuyo caso basta un movimiento algo acentuado de reacción, para que el fanatismo é ignorancia de esas clases cubran las más ilustradas, que fué lo que sucedió cuando Napoleón llamó á la Iglesia en auxilio de su despotismo. Lo que opinaba Saint-Simón era la necesidad de crear una nueva religión que reemplazara, por medio de una fuerza espiritual, el poder clerical degenerado.

Todo esto estaba bien, pero el utopista no tardó en aparecer, al proponer en 1803 la creación del Consejo de los 21 genios, elegidos por hombres y mujeres, de entre los mayores de todo el mundo, destinados á regir y á regular los destinos de la humanidad, desde la tumba de Newton. «Estos 21, es decir, «los elegidos de la humanidad» formaban

el Consejo de Newton, y debían representar á Dios en la Tierra; esos jefes de las clases instruidas debían reinar en el mundo, como los filósofos en la República de Platón. Por debajo de ese Consejo debía haber, en el seno de las cuatro principales naciones de Europa, cuatro Consejos subordinados, quienes, en cuatro templos, debían organizar el culto de una nueva religión que sería fundada por un hombre á quien se darían para esto los poderes necesarios. Estos Consejos, decía, harían desaparecer la guerra de la superficie de la Tierra; en este mundo, de esta suerte devuelto y consagrado á la paz, «todos los hombres de entonces en adelante deberían trabajar, los sabios y los industriales; los primeros trabajando con la cabeza para los segundos, y éstos trabajando con sus brazos para los primeros constituirían los elementos fundamentales que, por medio de su nueva organización, iban á transformar toda la sociedad.»

Fourier expuso su doctrina en 1808, en su *Teoría de los cuatro movimientos*, en la cual introdujo muy pocas variaciones en lo sucesivo. La ciencia del porvenir le enseñó que la existencia y carrera de la humanidad era de ochenta mil años, de los cuales setenta mil pertenecían al afortunado período de la armonía; señalando los últimos cinco mil la fase de la caducidad, mientras que los primeros cinco mil años formaban la época de la infancia, en la cual actualmente vivimos. De este corto espacio de tiempo, hemos recorrido el Edén de la Edad primitiva y luego los tres falsos grados del salvajismo,—la inacción,—de la patriarquia,—la agricultura media—y de la barbarie,—la grande agricultura. Ahora estamos en la quinta época, en la de la civilización,—las artes y las ciencias,—que forma el cuarto falso grado. Los grados siguientes conducirán luego á la humanidad, á través del *garantismo*,—la semi-asociación,—y el *sociantismo*,—la simple asociación,—hacia el octavo período del armonismo que se acerca, es decir, á la asociación compuesta. Inútil organizar el sexto y séptimo período, el estado intermediario entre la civilización y la armonía, porque la escala de las progresiones está ya descubierta por completo, siendo, en consecuencia, permitido establecer sin retardo el período armonístico.

»Depende el principio de este último período de la formación de la asociación compuesta, que abraza á la vez las pasiones y los trabajos, y que hace productivos todos los apetitos, caracteres, instintos é inclinaciones naturales del hombre, á fin de hacer avanzar por la mecánica de las pasiones la de la in-

dustria. Por esto, precisa tomar tales cuales son las pasiones, esos tigres desencadenados de la época de la civilización, que la moral quiere por consiguiente modificar y embotar; es necesario domarlas de este modo y cambiar sus azotes en beneficios. Pero este equilibrio armonioso no puede establecerse sino cuando se hayan quitado, ante todo, las trabas que la actual sociedad opone á todo libre movimiento de las pasiones, es decir, á la ley de sus atracciones.

»Encuétrase, pues, el eje interior de la doctrina, en la atracción pasional. A tantas pasiones fundamentales, otras tantas atracciones y otras tantas destinaciones y satisfacciones correspondientes, distinguiéndose tres fines en la atracción: la necesidad del lujo, al cual corresponden las cinco pasiones sen-



Friso del monumento de Federico Guillermo III, por DRAKE.—Berlín

tuosidad, de la embriaguez, del entusiasmo,—de la pasión cabalística,—es decir, del espíritu de Cabala y de partido, la impetuosidad relativa que mezcla siempre sus cálculos con la pasión,—y de la pasión versátil y ávida de cambios, cuya intervención compensa los impulsos opuestos de otras dos pasiones; mediante ese concierto, se doblarán los recursos de los hombres, se aumentarán sus facultades; la ambición, la emulación y los celos se elevarán al rango de las pasiones más nobles que producen la unión; por la asociación de las pasiones á los trabajos, se cambiará la actividad en goces; y los $\frac{19}{30}$ de los trabajos, cumplidos en cortas sesiones, serán, gracias á la división y á la variación de las ocupaciones, mucho más atractivos que nuestras fiestas actuales, y se operarán milagros en la industria, de acomedante humor, de dicha y de riqueza.

»Para probar la realidad de esos milagros, no se necesitará más que un solo ensayo de una asociación combinada, en donde bajo la ley de la atracción, hombres de fortuna desigual se reunirán como en sociedad por acciones, en grupos de familias, en series de veinticuatro á treinta y dos grupos en una sola falange,—unión de series conteniendo hasta

suales que no conciernen más que á cada sér individual; luego, la inclinación á agruparse, á la cual tienden las cuatro pasiones del alma que visan la unión,—la amistad, el amor, la ambición y la inclinación por la familia.—Esas nuevas pasiones son conocidas, por lo contrario, las tres supremas pasiones, las distributivas ó directrices, que tienden hacia la unidad, son enteramente desconocidas y reputadas como vicios, bien que sean las más preciosas de todas, porque poseen la propiedad de formar y de dirigir las series de los grupos,—que no existen en la civilización,—propiedad que es el verdadero resorte motor de la armonía social.

»Mediante el concierto de esas tres pasiones, de la pasión compuesta,—es decir, de la ciega impe-

mil ochocientos ó dos mil individuos,—en un cantón de una legua cuadrada, para construir una estancia común, bien que dividida en diferentes clases, para trabajar en común en los campos y en casa, en un saludable concurso de intereses generales y de intereses particulares.

»El producto de esta actividad común se distribuirá de suerte que los $\frac{7}{11}$ pertenecerán al trabajo, los $\frac{4}{11}$ al capital, y los últimos $\frac{3}{11}$ al talento, al cual la voz general reconocerá un título y un grado. Los productos positivos del trabajo agronómico é industrial serán, en esta verdadera sociedad, triples y cuádruplos, mientras que los frutos relativos, la suma de goces, serán multiplicados veinte veces y hasta aumentados al infinito.

»Pondrán los verdaderos fundamentos de la armonía social la educación de los hijos que formará la unidad de costumbres. Para llegar á este resultado, se encargará á los niños las ocupaciones más viles, como el quitar las inmundicias; en desquite, en la ópera, que será para ellos una especie de ejercicio religioso, recibirán una educación física uniforme, que les hará aptos para toda clase de servicios propios de una alma armoniosa. En la cocina, en

donde se pondrá en juego el gusto más poderoso de la juventud, la golosina «esta divinidad de todos los niños,» se les enseñará á apasionarse por los más delicados matices, por puras fantasías y caprichos, sin lo cual no se puede rivalizar en las series pasionales por el trabajo en común.

»La introducción de esas series; la unidad en la educación; la uniformidad en la cultura intelectual; el asegurado sustento de la clase indigente, lo cual produce una indiferencia general relativa al interés, que quita á los pobres toda envidia de los ricos y que pone á los ricos al abrigo de los engaños del pobre: todos estos medios harán de toda la falange una comuna de amigos.

»La riqueza producirá un lujo de comunidad sin

ejemplo: en comparación con los falansterios el más bello palacio «civilizado,» parecerá un sitio de destierro. Gracias á un sistema de recompensas extraordinarias, el desenvolvimiento de las artes y de las ciencias procurará, desde el punto de vista de las fiestas y de los espectáculos, á los miembros más pobres, más goces que los que disfrutaban en nuestros días los príncipes; tanto por lo que toca á los placeres de la mesa como para los del amor.

»Respecto de las libertades del amor, el reformador, teniendo en cuenta las actuales preocupaciones, no propone á los curiosos más que enigmas, á los cuales hace, sin embargo, alusiones que permiten adivinar su pensamiento.

»A sus ojos, el matrimonio es un grupo defectuo-



Friso del monumento de Federico Guillermo III, por DRAKE.—Berlín

so, por cuanto ha sido restringido al singular y carece de libertad y de variedad. Ha tomado, pues, el legislador las precauciones necesarias para extender los privilegios de las mujeres en el código del amor, ligeramente bosquejado, del cual borraba las prohibiciones que, en el campo del amor, como en el del comercio, no producen más que el contrabando. Hasta en este terreno las series pasionales habrían producido una especie de asociación y «costumbres fanerógamas» del todo nuevas, tanto que los más entusiastas discípulos de Fournier no se atrevían á defenderlas ni á propagarlas.

»Para con la alimentación, hacía esperar el maestro el advenimiento de una gastrosofía, de una perfección del todo nueva. Debía producir el nuevo género de vida una salud muy otra, y ésta una fuerza consuntiva del cuerpo del todo diferente y tal que resultaría estar en armonía con el inmenso acrecentamiento de los alimentos. De esta manera protegería el orden combinado lo que nosotros llamamos vivir, como por ejemplo la gula y la lujuria, que, sin embargo son la obra de la naturaleza, mientras que «las fantasías filosóficas, que se llaman los deberes, no tienen relación alguna con la naturaleza; pues vie-

nen de los hombres, en tanto que la atracción viene de Dios.»

»Así, debían esas asociaciones del porvenir, traducir en actos las palabras de Epicuro y fundar la dicha «que consiste en tener muchas pasiones y numerosos medios de satisfacerlas.» La civilización no conoce sino pocas pasiones y apenas si tiene medios para satisfacer un cuarto de ellas; por esto nuestro globo es actualmente el más desgraciado del Universo. En efecto, Dios ha dado á nuestras pasiones una fuerza apropiada á los setenta mil años del orden armonístico, puesto que cada día nos traerá goces hasta tal punto variados, que nos veremos obligados á refinar metódicamente las pasiones de los niños, para hacerles capaces de saciarse con tan sinnúmero de voluptuosidades.

»Faltaría el coronamiento de toda esta felicidad, si la ciencia social no tuviera la garantía matemática de la inmortalidad, y si no diera la certitud de que, en el otro mundo, continuara esa vida de placeres por otros todavía más concentrados. Es un camino de rosas el de esta asociación que opera milagros; es por esto que si se estableciera un primer cantón de ensayo, toda la inextricable confusión